

para los que prestan servicios importantes á la Iglesia, el consumir un tiempo precioso en redondear cláusulas, en limar frases, en buscar en todo el número, peso y medida: *Ne quid nimis.* Este consejo es de oro y abraza todas las maneras de predicación expresadas, y la ordenada gradación en el uso de ellas.

LIBRO IV.

PRONUNCIACIÓN.

LECCIÓN XXXVII.

Pronunciación ú acción oratoria.

509. Bajo este nombre se comprende la prolocución de la palabra y acción, ó sea el *Lenguaje oral*, y el *Lenguaje de acción*, que son los medios con que el orador transmite sus pensamientos al auditorio. Es muy necesaria la *pronunciación*, porque da vida y alma á los discursos. Por más sabio que sea el hombre, el vulgo dice que no tiene *gracia* de predicar, cuando le falta la virtud de la acción y pronunciación, como ya lo explica el P. Granada.

510. La vida que resulta del acertado empleo de la voz y de los movimientos es lo que constituye en este terreno el talento, la gracia de conmover, persuadir y arrebatarse los corazones. Esto es lo que da al discurso una fuerza sorprendente é invencible. La energía de la voz, el semblante y todo el exterior del orador inflamado, no pueden menos que conmover é inflamar á los demás, agitar y enardecer poderosamente las pasiones del alma. El pueblo así lo comprende. ¿Y no lo comprenderán los ministros de Dios? ¿Podrá recitarse con apatía y como lección de escolar estudiada un discurso que tanto interesa á nuestras almas inmortales? ¿No podríamos decir que la falta de vigor, sentimiento, viva expresión y convicción interior en la divina palabra aleja al pueblo de oírla con interés y entusiasmo?

511. Así lo comprende el pueblo, hemos dicho. ¿Veis esos fogosos tribunos que le arengan y le arrastran? ¿No os habeis fijado sobre el coloso O'Connell, que, por espacio de cuarenta años, domina las masas populares de Irlanda, manejuéndolas como un dócil niño con la poderosa elocuencia expresada con su voz, con su gesto, con su semblante, con su ardiente mirada, hablándoles en todos los tonos y en todos los estilos? Rien, lloran, aplauden, amenazan, perdonan, se enfurecen, se apaciguan. El famoso orador popular se ha apoderado de todas las cuerdas del corazón humano, y las pulsa como quiere al golpe de su poderosa elocuencia. Y en efecto: «¿Qué es necesario para mover y sostener á la multitud, dice Buffón? ¿Qué se necesita para conmover á la mayor parte de los hombres y persuadirlos? Un tono vehemente y patético, gestos expresivos y frecuentes, palabras rápidas y sonoras.» El pueblo despierta de su letargo ante la expresión animada del orador, su entendimiento se eleva, su fantasía se inflama, su corazón palpita, los sentimientos estallan, y el pueblo, nos atrevemos á decir, que por ninguna cosa queda más impresionado que por este sello de vida que lleva la palabra por una buena y sostenida *pronunciación*, que por esto La Bruyere ha dicho: «El pueblo llama elocuencia á la facilidad que algunos tienen de hablar solos y por largo tiempo, unida á la importancia del gesto, á la vibración de la voz y á la fuerza de los pulmones.»

512. Ha habido predicadores de gran fama cuya grande reputación en su mayor parte la debieron á su brillante acción oratoria. Muchos de los que les oían era imposible que les comprendieran por la diversidad de idiomas; mas el gesto, el semblante, su expresiva mirada, aquella palabra ardiente que, elaborada al fuego del corazón, salía por los labios, lo daba á comprender todo. ¿Qué entendían aquellas distintas razas del Norte, cuando á la voz de Pedro el Ermitaño predicando las Cruzadas, respondían: «Vamos; Dios lo quiere?» ¿Qué podían comprender de un San Bernardo, que predicaba en latín al pueblo, que ordinariamente no usaba tal idioma? Y con todo los pueblos se compungían, lloraban, pedían misericordia, se perdonaban los enemigos, mudaban de vida los pecadores, y la Religión se enseño-

reaba de los corazones. Cuando predicó la segunda Cruzada en Alemania, se hacía acompañar de un intérprete, y resultaron los mismos efectos. Aquella voz expresiva, aquel aire penitente, aquel exterior de profeta, aquel celo ardiente que le abrasaba, aquella suavísima unión que bañaba sus discursos, todo comunicaba á su palabra aquella fuerza y eficacia que, sin entenderla, muchos comprendieran la cosa por ella significada. A San Francisco de Borja, predicando en castellano, le oían los vizcaínos, y sobre no entenderle lloraban. Y preguntados, por qué lloraban, pues no entendían al predicador, respondieron: «Por ver á un Duque santo.»

513. La vista y el oído tienen la más grande importancia sobre los demás sentidos, puesto que son los medios por los cuales el alma percibe los pensamientos, cuyo vehículo son la *voz* y el *gesto*, como enseña San Agustín. En la palabra y en la acción, como en un espejo se refleja la inteligencia y el sentimiento con sus delicadas inflexiones, haciéndolas visibles y palpables en cierto modo. No puede haber palabra, según el Santo Doctor, si la voz, al propio tiempo que lleva el sonido á los oídos, no lleva también el pensamiento al alma: *Nisi aliqui significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur.*

514. Es la *pronunciación* una de las partes más esenciales de la elocuencia, y también más difícil, y sin embargo, de las más descuidadas; pues los mejores sermones son letra muerta, signos débiles que poco significan sin esta preciosa cualidad de la *acción oratoria*; pues el modo de decir y expresar las cosas importa tanto como las cosas mismas: *Non tam refert qualia sint quæ dicas, quam quomodo dicantur*, dice Cicerón. Y por esto los antiguos oradores de Grecia y Roma así lo practicaron, viendo coronados sus esfuerzos con éxito sorprendente. La lectura de un discurso de Demóstenes contra Eschines, hizo que en medio de los aplausos que ella arrancaba, éste exclamase suspirando: ¿Qué hubiera sido si hubiéseis oído pronunciarle! *Suspirans, ait, quid si... audissetis... sua verba resonantem.* Así lo refiere San Jerónimo. Y el orador romano, bien práctico sobre el particular, pudo decir: «La acción es

el lenguaje y la vida del cuerpo... Es la reina del arte de bien decir... Sin ella el mayor orador es nulo, y con ella un orador mediano se eleva sobre los más hábiles.»

515. Cuando hay acción, vida y movimiento en la palabra el orador transmite su alma toda entera al auditorio; es una brasa encendida que, echada entre fríos carbones, los abrasa, los consume. La acción da fuerza, interés y energía á la palabra; ella da movimiento y vida á las inertes imágenes; ella da colorido y reviste de belleza las ideas y los conceptos, y, permitidme esta expresión, hace palpitar la vida latente en la palabra por la ternura, el sentimiento, y afectos de toda pasión.

516. Los Padres de la Iglesia las mismas reglas dieron, y solícitos fueron en practicarlas, como que anunciaban las eternas verdades de las cuales estaban tan poseídos. Recomiendan en gran manera la acción oratoria San Agustín, San Ambrosio y San Bernardo. Y San Francisco de Sales escribía al Arzobispo de Bourges: «Decir maravillas y no saberlas decir, no es nada: decir poco y bien, esto es mucho.» Por esto ya siglos antes San Agustín decía que aquel que predica sabiamente y con elocuencia es preferible y aprovecha más á sus oyentes que aquel que no habla sino con sabiduría: *Qui non solum sapienter, verum etiam eloquenter potest dicere, procul dubio plus proderit.*

517. Es imponderable el influjo que ejerce sobre las almas una acción brillante, enérgica y natural. El famoso Roscío desafiaba públicamente á Cicerón á que expresase sus pensamientos mejor y más deprisa que él con solo el auxilio del gesto. ¿Y pues, qué? ¿no fué Hortensio el que, á pesar de la inferioridad de sus escritos, pudo ser el rival del orador romano por la perfección de su pronunciación y la gracia en el modo de decir? San Bernardo ha formulado esta verdad en una muy breve sentencia: *Efficacior lingua quam littera.* (Ep. LXVI).

518. «¿De dónde viene, dice Pratomans, que entre tantos discursos admirados en el púlpito haya tan pocos que merezcan imprimirse? La razón de esto es siempre la misma; la acción comunica á todo lo que se dice, un mérito que no se siente cuando se lee; ella es el alma del discurso,

nos seduce, nos arrastra, y oculta aún las faltas de la composición, hasta hacer hallar admirable un discurso que no sostendría siquiera el examen de una lectura detenida.» El venerable P. Granada, lo mismo que otros autores de Elocuencia, hacen consistir en la perfección en el modo de decir el interés y la exaltación de pasiones que los actores de teatro producen en los asistentes. La acción es la que da vida á la palabra; sin ella todo es pálido, todo está muerto.

519. En vano, por ejemplo, buscamos en los sermones del Vble. P. Diego de Cádiz, capuchino, aquella elocuencia de fuego, aquella palabra vibrante y sonora que tiene suspensos millares de oyentes; no nos pueden dar idea de aquella extraordinaria moción y arrebatador entusiasmo: son letra debil, muerta. Oyóle Quintana, y quedó asombrado, y todavía en su vejez gustaba de recordar aquel asombro. Millares de pecadores temblaban á su potente voz cual leve flor de arbusto, decía un volteriano empedernido. Desde entonces acá, palabra más elocuente y encendida no ha resonado en los ámbitos de España, dice Menéndez Pelayo; quien despues de describir el edificante porte exterior de aquel hombre extraordinario, exclama: «¿Qué le importaban á tal hombre las retóricas del mundo, si nunca pensó en predicarse á sí mismo?» Todo lo cual confirma maravillosamente cuanto se ha dicho sobre el poder de la acción, del gesto y de la voz sobre los auditorios. Esta es la verdadera elocuencia.

520. Esta acción, este gesto y esta voz hieren los sentidos de cuantos ven y oyen al predicador; y como los sentidos son el camino por donde se introduce la verdad, resulta que tanto más profunda es la impresión que ésta hace en el alma, cuanto más impresionados han quedado los sentidos que son los internuncios ó vehículos de ella. Y esto sucede á todos sin distinción, pero de un modo más notable en gente sencilla, ó bien incapaz de profundas concepciones y elevación de pensamientos, como es por lo regular la generalidad de la gente que no han cultivado las letras.

521. Ahora, pues, se comprende fácilmente que cuanto más perfecta es la acción oratoria más impresionados quedan los sentidos, y á su vez más vivamente impresionan el

alma, en donde más profundamente quedan grabadas las verdades que se inculcan. Algunos se han burlado de algunas exterioridades que antiguos predicadores hacían para impresionar más los sentidos y hacer comprender mejor las eternas verdades á los ignorantes y á la gente rústica; mas nosotros, dejando á parte los abusos, preguntamos: ¿Y en los teatros se impresionarían tanto los asistentes si no fuesen aquellas exterioridades y aquellas pantominas que se mezclan á la viveza de expresión? Allí se excitan las pasiones violentas, apetitos desordenados, venganzas, furioses, homicidios, y todo esto en alto grado, y pocas veces se estimula el amor á la virtud: se sale del teatro trastornadas las potencias del alma y los sentidos del cuerpo, efecto todo de aquella *acción oratoria* que tan al vivo presenta las cosas.

522. Los predicadores no podemos valernos de estas exterioridades, porque además de la crítica moderna, que excede más de lo justo, nuestras poderosas armas para abatir el error y el vicio son la verdad, basada en la solidez de los argumentos: la fuerza de ellos debe hacerla brillar con esplendor é infundir los más nobles sentimientos en el corazón de los oyentes; pero sí que debemos procurar expresar las verdades de nuestra augusta Religión con convicción, con energía, con acento y verdadera *acción oratoria*, y haremos prodigios con la gracia de Dios. Nada de comedias, es cierto; la misión que lleva el sacerdote es muy augusta; pero no es menos cierto que si nuestra palabra no va animada de aquellas cualidades externas en donde ella se refleja y se hace visible tomando calor, movimiento y vida, nada absolutamente haremos. El semblante, el gesto, la voz, todo sea en el predicador el reflejo de aquella idea que brilla en su mente, de aquel sentimiento que brota en su corazón, de aquella imagen que crea su fantasía; todo su exterior sea la fiel expresión de aquella palabra que, elaborada en las potencias de su alma, sale de sus labios. Esto solo es capaz de conmover al auditorio; cuando menos es un brillante exordio, si no es un completo sermón. El P. Daniel Bartoli refiere de un predicador que, sin más sermón que repetir por tres veces el tema del Evangelio de aquel día: *Mortuus est dives, et sepultus est in inferno* (Luc. vi), hizo maravilloso

fruto en su auditorio. Tanto era el asombro, espanto y amenaza que descubría en su rostro, demudado y atónito, considerando la terribilidad de aquella sentencia y penas tan espantosas. Y del Vble. P. Luís de Granada se lee que una vez, habiendo subido al púlpito á predicar el sermón de Pasión, estaba tan conmovido, su voz tan embargada, su semblante tan demudado, y todo tan poseído del dolor por el asunto que meditaba, que al pronunciar estas primeras palabras del tema: *Passio Domini Nostri Jesu Christi*, no pudo pasar más adelante, convirtiéndose todo el auditorio junto con él en un mar de lágrimas.

523. Comprendamos de una vez la necesidad de la buena *pronunciación*: el ministro de Dios no puede en manera alguna descuidar una cosa que tanto influye en el feliz éxito de la predicación; no es posible que salga de nuestros labios una palabra muerta y sin vida, que acuse en nosotros una miserable apatía y glacial indiferencia para las almas que Jesucristo ha redimido con su preciosísima sangre. La misma avaricia hace elocuente al avaro para chupar la sangre del pobre; la misma codicia hace elocuente al rico mal contento para aumentar sus intereses; la misma concupiscencia hace elocuente al voluptuoso para satisfacer sus infames pasiones, y el sacerdote no encontrará estímulos poderosos en los intereses de Jesucristo y de las almas redimidas para saber impresionarse vivamente, y revestir la palabra de aquel brillo y energía mucho mejor de lo que pretenden hacerlo aquellos que en los teatros halagan las pasiones y ensalzan la vanidad, mucho mejor que aquellos que con tanta pasión defienden los intereses mundanos?

524. «La conciencia me dice, se exclama Hamón, que no puedo como sacerdote descuidar una cosa de la cual depende el éxito de la predicación, y que si, para perder mil veces las almas, los actores del teatro se esfuerzan con tanta solicitud en llegar á la perfección de la acción, para salvarlas debo trabajar con un celo por lo menos igual, ya que no sea mayor, y en proporción del alto objeto que me propongo.» Y si este objeto es en sí tan noble y elevado, ¿qué será cuando se convierte en admiración del entendimiento y encanto del corazón por medio de la *acción oratoria*, que

según Cicerón adorna de tanta belleza y dignidad el discurso? *Splendore vocis et dignitate motus fit speciosum et illustre quod dicitur*. Una fe viva, una persuasión íntima de la grandeza y sublimidad del ministerio evangélico, lleva consigo grandes ventajas para accionar bien; por el contrario, si el sacerdote no se persuade de las excelencias de su magisterio, en este caso su acción decaerá visiblemente, será indigna de la grandeza de Dios.

525. Para muchos es considerado poco menos que inútil fijarse tanto en la acción oratoria, por parecer cosa muy fácil, y sin embargo es cosa bien difícil, como lo es desprenderse de los malos hábitos y adquirirlos buenos, y que por más natural que parezca una cosa, aquí es en donde conviene recordar lo que dice Quintiliano: *Nihil licet esse perfectum nisi ubi natura cura jvatur*. Se ha observado que son poquísimos aquellos á quienes acompaña una buena acción oratoria. Todos los talentos necesitan más ó menos del arte; esto es indiscutible. Todos saben los grandes esfuerzos que hizo el orador griego para vencer su naturaleza ingrata; la domeñó con la aplicación y el ejercicio, y consiguió las disposiciones que aquélla le había negado, y esto en tan alto grado, que Filipo pudo decir que temía más la elocuencia de Demóstenes que las armas de todos los griegos.

526. Se han dado reglas hasta la minuciosidad sobre esta parte tan difícil y descuidada de la Retórica, lo cual hace ver su absoluta necesidad para ser un buen orador; aunque la regla principal es una atenta observación de los buenos predicadores, procurando descartar cualquier vicio que en ellos se observe, y cosas que, siendo peculiares de su genio, no cuadrarían bien con el nuestro; sin embargo, podemos resumir las reglas principales de los autores, para mayor utilidad, en dos puntos: 1.ª El lenguaje oral; 2.ª El lenguaje de acción; notando al mismo tiempo sus defectos.

LECCIÓN XXXVIII.

Voz ó lenguaje oral.

527. La pronunciación es en realidad la parte más importante de la acción: la voz del hombre, esa rica armonía y distintivo con que Dios ha querido dotarle, la cual no pueden imitar ni los instrumentos músicos más perfeccionados. Ved cómo ella se distingue entre los acordes armoniosos de bien templadas liras, lo mismo que entre los torrentes de melodía del órgano que en sus notas graves é imponentes llena nuestras catedrales; la voz inspirada y modulada del hombre supera todos los sonidos y notas que la creación entera eleva á su Criador. Nada hay en el hombre que con más energía exprese sus pasiones, ni que más conmueva como su voz. Ya decía Cicerón: *Ad actionis usum atque laudem, maximam sine dubio partem vox obtinet*. Flexible para todo, ella puede manifestar los sentimientos más delicados del corazón, como las concepciones más sutiles de la inteligencia con todos sus cambiantes é inflexiones, aún las más finas y espirituales, con tal que tenga palabras que correspondan á cada cosa para su forma de expresión. San Agustín quedaba admirado de esta gran flexibilidad de la palabra. «Es tan flexible la voz humana, dice el Santo Doctor, que tiene modulaciones para todos los afectos, los cuales se excitan por los sonidos bocales en virtud de no sé qué oculta familiaridad: *Quorum nescio qua occulta familiaritate*. Y ¡cosa admirable! Tan flexible es la voz, que cuando no alcanzan las palabras, ó no se encuentran correspondientes para expresar lo que sentimos, modula en una interjección, en una admiración, en un gemido todo cuanto siente el alma: gemido, voz, eco de una interior armonía capaz de electrizar á todo el auditorio; voz que representa todo un mundo de bellezas en nuestro espíritu, cuya sublimidad no